

México protege sus humedales

Nuestro país es mega diverso, lo que significa que alberga una parte importante de la vida que se ha desarrollado en el planeta y, por lo tanto, es responsable de su conservación. Recientemente México dio un paso más para proteger uno de los ecosistemas más productivos y con más especies del planeta, al inscribir 33 humedales mexicanos en la Convención de Humedales de Importancia Internacional, el primer tratado internacional sobre medio ambiente que concentra su atención en este tipo de ecosistemas y en la biodiversidad que albergan.

El tratado se originó en la ciudad de Ramsar, Irán, el 2 de febrero de 1971 y México participó por primera vez el 4 de julio de 1986, fecha en que incorporó a esta lista —llamada desde entonces lista de Ramsar— la Reserva de la Biósfera Ría Lagartos. Ésta se localiza en el estado de Yucatán, y fue reconocida como un humedal de importancia internacional, especialmente como hábitat de aves acuáticas, ya que aquí se ubica el principal sitio de anidación en el mundo del flamenco rosado *Phoenicopterus ruber*. De 1986 a 2003 México incorporó 16 humedales más y este año se añadieron a la lista Ramsar otros 33. El que un país incorpore sus humedales a la Convención Ramsar implica el compromiso

de promover el uso racional en su manejo y procurar su conservación.

Los humedales son terrenos inundados por aguas dulces, salobres o saladas, temporal o permanentemente. Pueden ser regiones naturales o artificiales, es decir, creadas por el hombre. Entre los humedales naturales están las lagunas costeras, esteros, barras, manglares, pantanos y lagos de agua dulce; entre los artificiales se encuentran las presas, lagos artificiales, estanques acuícolas, salinas y pozos. Son ecosistemas muy



productivos. Éste es el caso de las lagunas costeras y marismas en las costas mexicanas, donde se reproducen moluscos, peces y crustáceos de importancia económica. También sirven de refugio y alimento a aves acuáticas residentes y migratorias, como patos y gansos. Y son áreas de anidación de varias especies amenazadas de tortuga marina, hábitat del manatí y el cocodrilo, y de otras especies como los tapires, jaguares, monos, rapaces, pelícanos y flamencos. Además son importantes zonas de almacenamiento de agua dulce.

Los 33 humedales incluidos recientemente en la lista Ramsar son, entre otros, Laguna Ojo de Liebre y Laguna San Ignacio, ambos en Baja California Sur; Laguna de Términos, en Campeche; Cañón del Sumidero en Chiapas; Ejidos de Xochimilco y San Gregorio Atlapulco, en el Distrito Federal, y Ría Celestún en Yucatán. En total, los humedales cubren más de cinco millones de hectáreas.

Se trata de un pequeño paso en el inmenso recorrido que es necesario realizar para proteger a las especies que habitan en el territorio mexicano.

¿Platillos voladores?

Los científicos tienen fama de aguafiestas. Y bien ganada, porque muchas veces nos han dicho, y demostrado, que las cosas no siempre son como nos gustaría que fueran. La Tierra no es el centro del Universo, el hombre no es el rey de la creación, y no hay razones para creer que pueda haber vida después de la muerte.

Por eso, no es raro que cuando sucede algo extraño en el cielo (luces inesperadas, objetos voladores no identificados...) los primeros que llamen a la medida antes de echar las campanas al vuelo y anunciar que ¡por fin! contamos con pruebas sólidas de que una civilización extraterrestre nos visita, sean precisamente los científicos: expertos en fenómenos atmosféricos (meteorólogos, climatólogos), en otros planetas y sistemas solares (astrónomos, planetólogos) y en la posibilidad de vida en otros planetas (los llamados astrobiólogos o exobiólogos).

Pero no lo hacen porque quieran arruinar la fiesta. Ni siquiera porque no crean en la posibilidad de vida —incluso vida *inteligente*— en otros planetas. De hecho, la idea de que existan extraterrestres no es para nada descabellada desde un punto de vista científico. Los conocimientos actuales de astronomía, biología y química nos hacen suponer que, ahí donde se den las condiciones adecuadas, es altamente probable que surja la vida.

Hoy sabemos que existen planetas girando alrededor de otras estrellas. La existencia de planetas *habitables* es muy probable. Es plausible que algunos de ellos estén habitados, y algunos de estos seres podrían haber evolucionado hasta desarrollar una civilización y una tecnología. Por ello, la existencia de civilizaciones extraterrestres es, al menos, posible.

¿Por qué entonces se esfuerzan tanto los científicos en desmentir a quienes, una y otra vez, y ante cada aparición de algún fenómeno no explicado en la atmósfera, afirman que estamos ante pruebas contundentes de una visita extraterrestre?

Las razones son muchas: en primer lugar, porque abundan los charlatanes, y las supuestas “pruebas” nunca han resistido el análisis... ante una afirmación tan extrema como que hemos descubierto una civilización de otro mundo, las pruebas tienen que ser irrefutables y convincentes. Pero también porque sabemos que una visita extraterrestre sería un acontecimiento muy poco probable, debido a las enormes distancias que nos separan incluso de las estrellas más cercanas, y por tanto los enormes tiempos y cantidades de energía que serían necesarias para hacer el viaje. Por ello, lo más probable es que las primeras pruebas de la existencia de nuestros vecinos galácticos nos lleguen por otras vías, como las ondas de radio.

En conclusión: no es que los científicos no quieran creer en extraterrestres. Es que, ante una posibilidad tan fascinante, quieren estar seguros de no engañarse.